



PRIMERA PARTE, DE LAS RELACIONES  
DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS,

Y DÉSLEALTAD DE HERMANOS.



Aquel indómito monstruo  
que fiagió la idolatría,  
poblado de alas y lenguas,  
que fama le preconizan,  
para que al orbe terreno,  
en los mas remotos climas,  
pueda con sus dulces voces  
á todos darles noticias:  
Esta misma fama sea  
la que en la ocasion me sirva  
de resonante clarín:  
con cuyas voces melínfluas  
dé á luz una nueva historia,  
que por lo mismo es muy digna  
que en lápidas de alabastro  
para eterno esté esculpida:  
cuyos dulces epitectos  
puedan servir de doctrina,  
para no fiar ninguno

de criatura nacida,  
si hay de por medio intereses:  
ni aun siendo su sangre misma;  
pues tiene desde ab inicio  
al mundo la fiera envidia,  
culpa en que los mas tropiezan,  
y pocos los que se libran.  
Mas dejando disgresiones,  
es bien la historia prosiga:  
Cuando el Católico Rey,  
que globos de estrellas pisa,  
San Fernando, Rey de España,  
lanzó la secta morisca  
de España, y sus territorios,  
con su invisible cuchilla.  
Muchos nobles caballeros,  
descendientes todavía  
de los primeros cristianos  
que hubo cuando la conquista,

fue en ellos un poderoso,  
el cual por su bizarría  
fue luego electo por Rey  
en las fértiles provincias  
de las partes del Oriente,  
que se nombraba la Syria;  
era su nombre Clotardo,  
era casado, y tenia  
de su feliz matrimonio  
la belleza de tres hijas,  
que á las humanas deidades  
llevaron la primacia.  
Viéndolas el Rey su padre,  
que pocos las merecian,  
y muchos los que arpiraban  
subir á tan alta dicha.  
Ordenó hacer un castillo  
de vistosa, simetría,  
y de altura formidable,  
que aun la mas aguda vista,  
sus pirámides y almenas  
penetrarlas no podian;  
allí dispuso encerrarlas  
con iafernal inventiva,  
pues buscó un mágico sabio  
que con hechizos hacia  
nigrománticos enredos;  
á éste, el Rey le notifica,  
haga un fuerte encantamiento  
tal, que no puedan ser vistas  
ni vencidas de ninguno  
hasta que el Rey lo permita.  
Dejándolas emplazadas  
como en clausura continua,  
y fue el poner tres caballos,  
ó satánicas arpias,  
para cada una el suyo,  
dónde el encanto se cifra.  
Despues despachó un decreto  
en toda su monarquía,  
que qualquiera caballero  
ó noble de sangre limpia  
que pueda entrar en la Torre,

si aquel encanto conquirta,  
en sus hijas tendrá el premio  
quien lograre aquesta dicha,  
serán casados con ellas  
sin haber quien se lo impida.  
Muy bien conocia el Rey  
la dificultad que habia,  
y con esta confianza  
por premio las ofrecia.  
Corrió en todos sus estados  
velozmente esta noticia:  
á este tiempo tres hermanos,  
de gallarda bizarría,  
caballeros, y aunque pobres,  
de ilustre genealogía,  
nacidos en Dinamarca;  
oyendo aquesta noticia  
dijeron valerosos  
el partirse á grande prisa,  
por ver si la feliz suerte  
quiere que tal bin consigan.  
Ya los tres reconocidos,  
dejan su patria, y caminan  
hasta llegar á la corte;  
y con la intencion debida  
dijeronle al Rey su intento,  
y al punto mandó que pidan  
todo lo menesteroso  
de quanto se necesita;  
con la sentencia, y el cargo,  
que el que fuere á la conquista,  
sino salen con la empresa,  
luego será dividida  
de su cuello la cabeza,  
castigando la osadía.  
Pidió el mayor, y el segundo,  
caballos y armas lucidas;  
y el menor pidió que un carro  
tan solamente queria,  
con dos bueyes, y que en él  
poner para muchos dias  
gran prevencion de sustento  
de comidas y bebidas,

muchos clavos, y una cuerda  
de largura sin medida.  
Hechas estas diligencias  
que ya dejo referidas;  
salen los dos á caballo,  
y dentro de pocos dias  
le dieron vista al castillo,  
y á su eminencia se arriman,  
mas luego experimentaron  
sus diligencias perdidas;  
pues viendo la elevacion  
fallecen y desaniman,  
por no hallar en sus contornos  
poblacion grande ni chica,  
donde saciar hambre y sed,  
que los affige y fatiga.  
Algunos dias gastaron  
dando ideas discursivas,  
cómo poder conquistar  
Torre tan fortalecida;  
mas viendo no ser posible,  
ya cansados, determinan  
volverse para su patria,  
sin premio á tanta fatiga:  
tomaron la propia senda  
que antecedente traían,  
y en medio de ella encontraron  
al hermano, que venia  
muy poco á poco en su carro,  
con prevencion de comida;  
y al verlo, le propusieron  
los imposibles que habia  
para conquistar el fuerte,  
que se vuelva, y no prosiga:  
no bastaron persuasiones,  
preguntas ni rogativas;  
despues que hubieron comido,  
volvieron en compañía,  
llegaron segunda vez  
á la encantada alquería,  
hicieron alto, y descargan  
los víveres que traían,  
fue el mancebo examinando

la Torre, que no tenia  
puerta, puente, ni rastrillo,  
ventanas ni celosías;  
y bien registrada toda,  
ciñó á su cintura misma  
una vanda, y en la cual  
los fuertes clavos afirma;  
cogió un cabo de la cuerda,  
y un buen martillo en la cinta,  
y al fijar el primer clavo  
vieron que se estremecia  
el encantado castillo,  
y dentro una gritería,  
que á no ser su valor tanto,  
no siguera su porfía.  
Siguiendo su operacion,  
sin temor ni cobardía,  
poniendo clavos, y haciendo  
para subida, su vida.  
Con artificiosa maña,  
y astucia tan bien urdida.  
llegó al extremo postrero;  
y apenas su cumbre pisa  
le salieron al encuentro  
tres hermosísimas Ninfas,  
mostrándose sus bellezas  
aun mas que humanas divinas:  
diciéndole: quién sois jóven,  
que con tan libre osadía  
has profanado el decoro  
de este alcázar, donde habitan  
tres Princesas? pues tu muerte  
pagará tal demasia.  
El respondió; pues Señoras,  
como este favor consiga  
de morir á vuestros ojos,  
causará mi muerte envidia!  
y así tendreis por sabido,  
que como ustedes permitan  
que las libre de este encierro,  
aunque para la salida  
todo el mundo se me oponga,  
no es posible que me rindan.



Uniformes respondieron;  
pues como el valor te asista,  
todas tres obedecemos  
muy gratamente propicias;  
que te será bien premiado:  
mas para eso precisa,  
que á tres hermosos caballos,  
que en este castillo habitan,  
á cada uno una cerda  
les quitarás, que en las mismas  
está nuestro encantamiento,  
y tenlas en mucha estima,  
para que en cualquier fracaso,  
que te halles no te aflijas,  
si el elemento del fuego  
á cada una le aplicas.  
Esto dijeron, y luego  
á una cuadra lo encaminan,  
donde estaban tres pegasos,  
de tres colores distintos;  
hizo lo ya referido,  
las guardó, y á grande prisa,  
dispuso bajar las damas,  
que del placer y alegría  
mil parabienes le daban,  
con ternezas y caricias,  
y al impulso de la cuerda  
á la hermana mayor liga,  
y con valor increíble  
en tierra la deposita,  
lo mismo fue la segunda,  
quedó sola lo mas chica,  
le dijo: jóven gallardo,  
toma aquesta gargantilla,  
que en valor, poder y hechura  
otra alguna no la imita,  
y aunque diversos trabajos  
te atormenten y persigan,  
jamás te enagenes de ella,

que podrá ser que algun dia  
te importe, y con esto el cielo  
te libre como nos libras:  
con esto descendió al suelo,  
con la misma anatomía;  
y habiéndola ya librado  
de esclavitud tan indigna,  
le tiraron de la cuerda,  
quién vió mayor bastardía  
entre hermanos, pues se halló  
con la esperanza perdida  
de bajar, pues ni aun los clavos  
halló, que hincado habia.  
Entonces los dos hermanos,  
con infernal avaricia,  
conociendo que su hermano  
todo el premio merecia,  
envidiosos dispusieron  
ponerse luego en huida,  
montándolas en los brutos,  
bolaban, y no corrian,  
hasta llegar á la corte,  
donde el Rey se maravilla,  
en ver á sus hijas libres,  
que aun viéndolas no creía:  
ellas guardaron secreto,  
solo dijeron que habian  
por los dos sido libradas,  
y el modo, la traza y cifra.  
Y viendo el Rey que eran nobles,  
al proviso determina  
desposar los dos mayores  
con fiestas muy deleytibas:  
y porque pide esta historia  
tiempo para referirla,  
pide Alonso de Morales,  
que atencion se le permita,  
que en la segunda jornada  
nada tardará en decirla.

F I N.